

NICOLAS BUENAVENTURA

PRESENCIA DE LAS ARTESANIAS

1. La fábula

Comenzaré con una vieja fábula.

Alguna vez una hormiga se disponía a entrar a su hormiguero pasada la jornada de trabajo. Entraba pues, así, campante, segura, muy oronda, cuando las hermanas de la portería la detuvieron. ¿Cómo, qué pasa, qué ocurre? Y estas porterías alegaban así: -Ud. amiga ¿viene con las manos vacías, ya entrada la tarde y después de un día de trabajo? Todas las hermanas traen algo aquí, a la despensa. Ud. lo ve. Un trocito de lechuga, una miga de carne, por ejemplo una pata de araña, algunas hasta un grano de arroz, pero usted, se viene entrando así como así, escotera,

sin nada. ¿Qué pasa? A lo cual la hormiga respondió diciendo. -Lo que ocurre es que yo traigo una idea, sí, traigo una idea.

-Y eso ¿qué es, explíquenos, qué provisión es esa, eso con qué se come?, preguntaron.

Entonces la viajera contestó con el siguiente discurso: Yo traigo aquí la idea del miligramo. Porque tengo por sabido que un miligramo es justamente la carga media normal que debe y puede traer una hormiga. Me duele ver que la mayor parte de nosotras trae sólo medio miligramo y a veces menos aún, por lo cual se viene presentando aquí una crisis crónica de abastecimientos. Pero sobre todo me preocupa que

algunas pocas, las más capaces, están trayendo hasta dos o tres miligramos de provisión y entonces, a menudo, se nos presentan los accidentes de trabajo o aun las muertes. Es necesario reglamentar y controlar esto. Por eso yo traigo la idea del miligramo.

Ni qué decir el impacto que causó semejante argumento y la reflexión que produjo en la portería. El hecho es que la dejaron entrar sin más ni más y esta historia se volvió comidilla en todos los rincones del establecimiento.

He allí la fábula.

62 2. La idea

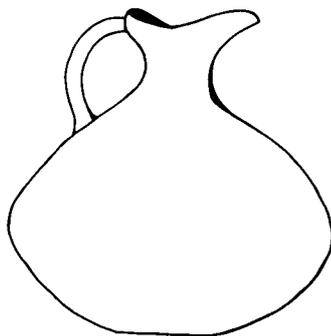
Ahora bien, yo pienso que un curso o un simposio de artesanía es algo bien parecido a un hormiguero. Aquí hay que traer la hoja fresca, la miga de carne, el grano, es decir, la experiencia concreta de la creación, del arte. Pero, también,

conviene traer algunas ideas y voy a hacerlo.

Para ello debo principiar con una noción de economía harto conocida: Llamamos valor de uso a todo producto del trabajo, bien o servicio, que satisface necesidades vitales del hombre, ya sean necesidades del estómago o sean del cuerpo o bien de la fantasía, quiere decir del espíritu.

Por ejemplo el "paseo vallenato" es un valor de uso indispensable para las necesidades del espíritu ya no sólo del costeño, sino del andino colombiano; lo mismo el pedazo de plástico que abriga a un niño dormido en el andén de una calle bogotana es uno, que satisface las necesidades corporales.

El Departamento Nacional de Estadística -DANE- acaba de establecer, en base de una meticulosa encuesta en hogares en el año 1985, la lista de 195 valores de uso representativo del perfil general de los consumos, mate-



riales y espirituales de los colombianos. Es muy útil leer este largo listado que se denomina convencionalmente la "canasta familiar". Allí encontramos que la mayor parte de ellos, 77, se clasifican como "alimentos", y entre los primeros están, naturalmente el pan y la papa, y luego la carne de res. Entre los consumos de vivienda que llegan a 35, como fundamentales, está, en primer lugar, el doloroso valor de uso del arrendamiento seguido de los servicios básicos, y mucho más atrás la vajilla y el jabón. Otro elocuente capítulo es el vestuario con 24 valores representativos, entre ellos los específicos trajes o calzados de hombre y de mujer porque todavía en nuestra canasta familiar prospera el unisexo. De otra parte hay hasta 13 valores de uso significativos en consumos de salud, encabezados por la inefable consulta médica. También existe, como un mundo aparte, el renglón del transporte con 12 ítems y para terminar está el inventario de los llamados consumos culturales, con 34 unidades, tales como matrículas, textos, cinematógrafo, algunos lápices labiales, argollas de matrimonio, cerveza y champán.

3. La mano de Dios

Releo esta nómina y de pronto me da pavor: 195 valores de uso privilegiados, con la más alta opción en el consumo en

Colombia y quizás ninguno de ellos en artesanía. De pronto algunos sucedáneos ocasionales, algún mueble de sala barnizado, mi Dios, algún juego accesorio de vajilla en terracota o una manta de la tierra o una ruana o bien algún sombrero de paja o alguna blusa de estampa indígena o un calzado de suela plana para niña o, quizás, un juguete de palo o la argolla de matrimonio del joyero. Se pueden contar con los dedos de la mano, como excepciones casuales, en este abrumador inventario industrial.

Pero lo que más me preocupa y me conturba es otra cosa. Pienso que todo valor de uso destinado al hombre, al ser humano, debe ser a la vez material y espiritual, que todo pan o todo alimento llena tanto el espíritu como el estómago y que todo vestido viste o satisface tanto la fantasía como al cuerpo. Para toda comunidad humana, desde los tiempos más remotos, la comida es, a la vez, una cultura y un sustento y no es posible separar las dos funciones y lo mismo la vivienda o el hábitat.

Y, entonces, este listado de valores de uso del DANE, con sus granos y tubérculos y carnes así, en bruto, una verdadera provisión para rebaños, con sus artefactos domésticos comparables a incubadoras de animales y sus materiales de construcción propicios para hacer perreras o

establos, me resulta casi como una dotación zoológica.

Y aquí viene la idea que traigo en mente para nuestro curso y que debo exponer con orden.

En primer lugar, quiero referirme a lo que yo llamo "la mano de Dios" en el trabajo artesano. Se trata de que el alfarero en la vasija que modela o el repentista en la décima que labra o bien el santero en la imagen que talla o el tejedor en la bufanda que urde, cualquiera de ellos, está entregando allí su alma, está reproduciéndose con todo su espíritu en la obra o sea que está realizando de nuevo y cotidianamente la obra de los primeros días de la creación del mundo por Dios. Entonces, se explica que todo producto auténtico del trabajo artesano, desde un galerón llanero, como canto de vaquería, hasta una casa campesina con sus jardines col-gantes en materas, sea inevitablemente un valor de uso complejo o dual, que satisface a la vez necesidades del espíritu y del cuerpo.

4. La propuesta

Así que nuestra idea de hormiga, conduce a que nos arriesguemos en este curso a una propuesta: Propongamos que la canasta familiar colombiana, que ese nuestro representativo de los consumos fundamentales de la familia en Colombia, tenga

también "la mano de Dios".

Más concretamente. Nosotros proponemos que la industria nacional y el Estado organicen, conjuntamente con nosotros, la "primera feria exposición de la canasta familiar colombiana", que en esencia vendría a ser una feria de la creatividad industrial artesana.

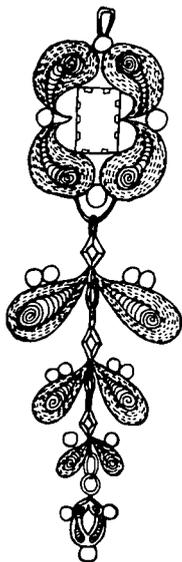
Tendríamos allí cuatro grandes pabellones así: alimentos, vivienda, vestuario y esparcimiento.

Se trata de que los consumos industriales, cotidianos, se apoyen en el elemento artesano, para rescatar la humanidad o la espiritualidad de cada valor de uso. Hace ya años que la industria manufacturera viene de regreso de lo que fuera su opción original: producir feo pero barato y en masa; hace tiempos que está buscando en su campo y a su modo el objetivo que está en la esencia de la artesanía: embellecer y hacer amable todo producto para consumo humano: un simple jabón o un mueble casero, un zapato o una olla, la puerta de la casa, la medicina.

Entonces es buen tiempo o buena hora para que la artesanía entre a la ofensiva con esta idea de ayudar a poner la "mano de Dios" en los consumos básicos de la canasta familiar colombiana.

5. El pabellón de alimentos

Un primer pabellón exhibiría la cocina integral moderna, pero aderezada o agraciada con las artesanías. Es necesario reconocer en esa cocina los granos y los condimentos y las harinas con algún toque artesano en vasijas o frascos o empaques manuales, que esa cocina industrial blanca e impávida luzca a la vez típica u original no sólo por obra de ornamentos artesanos en la nevera o en los muros o en la estantería; sino por utensilios útiles, como los paños para limpiar o manipular las ollas calientes, o las maderas en bandejas, en bateas, en palos, en cucharas. Proponemos un gran pabellón industrial de cocinas integrales y



comedores modernos, con "la mano de Dios" en cada espacio, con mantelería, con mobiliario, con vajillas, con cerámica artesana intercalada con la otra, con la industrial. Proponemos afrontar el reto.

No queremos más aquella feria artesana, medicante, de dijes, de recuerdos o relicarios, de curiosidades, de tipismos accesorios. Proponemos la artesanía incorporada a la canasta familiar de los consumos básicos. Queremos escarbar la imaginación para que el pabellón de alimentos invite a los platos típicos colombianos y no sólo sea feria que alegre la cocina, sino que la haga cultura, que descubra la cultura de la mesa.

65

Pienso en los platos artesanos que decoran tradicionalmente los muros y las estanterías del comedor, en las vasijas, en las naturalezas muertas primitivistas o realistas. ¿Por qué no dar la batalla en la feria? ¿Por qué no asumir el reto de la cultura manual nacional unida a los consumos básicos de la canasta. ¿Por qué una artesanía siempre atrás, relegada o minusválida?

6. Vivienda

Estoy pensando en el segundo pabellón, el de la vivienda o mejor en el pabellón locativo, es decir, el del hábitat o del entorno. Un pabellón ar-

quitectónico moderno, de interiores y exteriores. ¿Qué puede hacer la artesanía allí, por ejemplo, para una puerta? ¿Qué puede hacer en todos los detalles de la fachada, en la casilla del correo o el ornamento del timbre o la cerradura? ¿Qué puede hacer para una ventana? Pienso también en una de las artesanías milenarias, más originales y múltiples de la vivienda humana, la de las matas y las materas. Realmente la exhibición de los espacios ambientales de la arquitectura más moderna tiene una competencia de igual e igual con este antiquísimo arte manual de los jardines interiores, allí hay vasija, hay barro, hay alfarería y hay cestería y herraje pero, sobre todo, hay ese arte hostelario de la jardinería.

Igual pienso en los exteriores, en la calle, en el ornamento manual creativo de los vehículos que tiene su expresión más típica en las chivas o bus escalera. Me detengo en los interiores, en los elementos artesanos que merece tener el amoblado industrial de hoy, en todo aquello que completa la mesa de sala o de noche, como ornamento, como cerámica, como cofre, como portaretrato, en todo aquello que completa el muro, como pintura, como relieve. Pienso en el mundo inagotable de los encajes, carpetas y manteles, de la ropa blanca, en los elementos artesanos en la alcoba.

¿Por qué la artesanía no puede dar su batalla legítima en todo ese ámbito?

7. Vestuario

Y ahora debo decir cómo concebimos nosotros dentro de esta propuesta, al tercer pabellón, el del vestido o del vestuario. Lo asumimos directamente como exhibición industrial de modas, como una sala de modelaje de trajes y sombreros y calzado con sus clásicas pasarelas para el recorrido de los modelos.

¿Qué papel juega entonces en toda esta parafernalia de la moda moderna el toque de la artesanía? Como siempre buscamos poner el problema del desafío o del complemento con relación a la industria. La artesanía del traje, de la joya de fantasía, del collar o del calzado ya de suyo es hermana de la industria moderna, porque permanentemente se alimenta de su materia prima. Hace mucho tiempo, incluso desde la Colonia española, la propia artesanía indígena del vestuario se resuelve confeccionando o decorando telas industriales originalmente de importación y, más tarde, nativas.

Desarrollar esta tradición de hermandad entre el taller y la fábrica del vestuario, es algo que debemos asumir de manera creadora.

El refrán popular dice que

el "hábito hace al monje" para indicar que el vestido no es un abrigo solamente sino dignidad o identidad. Ciertamente el hombre se viste para protegerse del clima o la intemperie, por una necesidad vital del cuerpo, pero a menudo se soporta el frío o el calor por puro gusto, por una moda o una fantasía. El humano valor de uso dual que es propio de la industria manual del artesano tiene quizás su más alta expresión en el vestuario. Por esta razón, nuestra propuesta puede lograr quizás el mayor despliegue imaginativo en este bendito pabellón de la parafernalia.

8. El pabellón lúdico

Y concluimos: Propusimos un último pabellón de los juegos o los esparcimientos, es decir, el pabellón lúdico. El de los instrumentos musicales y los juguetes artesanos, el del libro y el cine y la televisión; pero, sobre todo, el pabellón del teatro y del deporte.

Los teatreros colombianos hoy, con una fama bien ganada en el mundo, son quizás la más elevada réplica de la antigua tradición artesana del país. Son maestros y aprendices organizados en talleres o grupos experimentales, que elaboran su producto delante del usuario o comprador convencionalmente llamado público, y que han logrado formar una auténtica corporación gremial, la cual, como en los tiempos del auge de la artesanía del Renacimiento europeo, brega a la vez por la calidad de su producto y por la ampliación del mercado.

Por favor en una feria de nuevo tipo, donde la artesanía busca rescatar su dignidad, debe haber un puesto para la creatividad de los teatreros colombianos.

Pero aquí nos importa de una manera muy particular el deporte y en él, sobre todo, el fútbol. Nosotros decimos que no



puede seguir existiendo una ruptura entre raíces y árbol, entre la tradición cultural cuya savia alimenta la vida y la vida misma.

Es necesario llevar al estadio, de cualquier manera ya no sólo la banda o la papayera, como se llevan los otros símbolos consagrados, el himno y la bandera, sino también la fiesta o el rito al igual que la artesanía popular. Este es un momento decisivo de nuestro desafío. Es necesario hurgar la imaginación para encontrar precisamente cuáles son los elementos artesanos que pueden llegar hasta la gradería del espectáculo y hasta la cancha misma poniendo allí, también, lo que nosotros hemos llamado "la mano de Dios."

68

Diseñamos el pabellón lúdico de la nueva feria no como un mundo complementario de la pura juguetería artesana, sino como el reto de la vida contemporánea, como una integración al mundo del deporte.

9. La moraleja

Y ahora llega la hora de contar a ustedes la moraleja de nuestra fábula de las hormigas, la cual es como sigue: resulta que la famosa idea del miligramo se quedó en el aire porque nunca pudo implementarse o instrumentalizarse ya que esas buenas hormigas no contaban siquiera con una pequeña balanza. Y de

allí vino el desastre. Porque casi todas las hermanas, una tras otra, comenzaron a traer allí ideas en el aire, en lugar de grano o provisión, de tal manera que se acabó el hormiguero.

Entonces, por favor, yo pido que esta idea mía no se vaya a quedar en el aire, que le pongamos una balanza, que la instrumentemos, que nuestro curso la incluya en sus conclusiones y proponga los medios y recursos para su realización. ●

